

qués Mari y la segunda por el Almirante Wager. Componíase de 25 navíos de línea, 7 galeras y 17 buques ingleses, y llevaban á su bordo 6.000 hombres de desembarco, que llegaron á Liorna el 26 de Octubre de dicho año de 31, y tomó su mando el Conde de Charni. El día 11 de Septiembre había depositado el gran Duque en el archivo de Pisa una protestación contra la feudalidad del Imperio. Incorporáronse á esta escuadra tres galeras del gran Duque de Toscana, á pesar de las representaciones del Ministro del Emperador, Conde de Estampa, cuya Corte veía de mala gana, y forzada sólo de las circunstancias, á un Príncipe español en posesión de aquellos Estados de Italia. Se dirigió la escuadra á Antibo para cubrir el paso del Infante D. Carlos, que se despidió de su padre en Sevilla el 20 de Octubre, y llegó á Liorna la tarde del 27 de Diciembre, después de haber sufrido muy mal tiempo en esta travesía.

Pasaron á Italia, con S. A., el Conde de Santistéban, después Duque, en calidad de ayo y Mayordomo mayor; D. Joseph Miranda, después Duque de Losada, y el Marqués de Villafuerte, como gentil hombre; D. Manuel de Larrea, Don Francisco Chacoro y D. Juan de Garicochea, con ayudas de cámara y caballerizos de campo, y otros varios españoles. De éstos, los cinco últimos volvieron á España en 59 con el Rey Car-

los cuando vino á tomar posesión del reino, y el Duque de Losada fué nombrado su Sumiller de Corps. El de Santistéban regresó después que S. M. tomó estado.

La presencia hermosa del Infante, su edad de diez y seis años, su viveza, y su agrado y humanidad le ganaron todos los corazones, y añadiéndose á sus cualidades personales las de la magnificencia, esplendidez y política generosidad de su Corte, nada dejaba que apetecer la llegada de un sucesor semejante. Las ventajas que los comerciantes de Liorna preveían en esta nueva unión con la España, fué un nuevo motivo para deseársela y celebrar el verla realizada.

Cuando S. A. se preparaba á pasar á Pisa, le acometieron las viruelas, lo cual retardó el viaje, que se efectuó después de bien pasado el término de la convalecencia. En dicha ciudad conoció á Bernardo Tanuci, lector de derecho público en Florencia, y le hizo auditor del ejército con motivo de haber defendido una causa de inmunidad de un soldado español. Logró ganarse después de tal modo la confianza del Infante, que fué su Ministro favorito en Nápoles hasta su regreso á España, y aun después, durante la menor edad del Rey D. Fernando, su hijo.

El 9 de Marzo de 1732 hizo S. A., á caballo, su entrada pública en Florencia, y, con todas las aclamaciones y honores de un Príncipe he-

redero de aquellos Estados, fué conducido al palacio Pitti. En el cuarto que le estaba preparado le esperaba la Electriz Palatina viuda, Ana Luisa María, hermana del gran Duque reinante Juan Gastón. Esta Princesa, después de demostrarle la satisfacción que tenía en verle, le condujo al cuarto del Duque. Este, aunque postrado en cama tres años hacía por su suma debilidad, abrazó con el mayor gusto y ternura á este hijo adoptivo.

El 24 de Junio, día de San Juan, fué S. A., en nombre del Duque Juan Gastón, y como su sucesor inmediato, á recibir el homenaje de los castillos, etc., según la costumbre anual de aquellos Estados, con lo cual quedó aún más asegurado en sus derechos. Este paso desagradó mucho á la Corte de Viena, que procuró por todos los medios impedir su efecto, pero sin poderlo lograr.

Asegurado, pues, el Infante, pasó á tomar posesión de los Estados de Parma, en cuya ciudad hizo su entrada pública, en medio de vivas y aclamaciones, el día 9 de Septiembre del mismo, habiendo dejado guarniciones españolas en Liorna y Portoferraio. La Corte de Roma, en la cual reinaba entonces el Papa Clemente XII, protestó, y protestó inútilmente contra esta posesión de los Estados de Parma y Plasencia, de que no ha vuelto á recibir desde entonces ni aun

el censo que los Farnesios pagaban á la Cámara apostólica.

Esto, y la pretensión del Infante á los Estados de Castro y Ronciglione, cuya denominación tomaba, desagradó mucho á la Corte de Roma, que no se atrevía á recurrir á la de Francia.

No obstante que, según las leyes de Italia, los Príncipes deben salir de la menor edad á los catorce años, se mantenía aún en ella el Rey Carlos, que tenía diez y siete, por consideración á su abuela la Duquesa viuda de Parma; pero, viendo que ésta se hallaba bien con el Gobierno, se declaró S. A. mayor de edad, confirmando la ley, y tomó las riendas del Gobierno.

Estaba entonces, felizmente, en paz la Europa, por la prudencia de los dos Ministros de Francia é Inglaterra, Fleuri y Walpolé; pero la muerte del Rey de Polonia, Augusto I, Elector de Sajonia, alteró esta tranquilidad. Carlos XII quería le sucediese Estanislao Lenzinski, que tenía la mayoría de la nación, y fué elegido Rey; pero el Czar Pedro decidió la suerte en la batalla de Pultava á favor de Augusto, Elector de Sajonia, y Estanislao se vió precisado á retirarse á Alemania. Este Príncipe (como suegro de Luis XV) era adicto á los franceses, y como tal, la Emperatriz de Rusia, Ana, se oponía á su elección. Había tenido correspondencia con el Príncipe Ragoza y los rebeldes de Ungría, y

así el Emperador y la Rusia tenían un mismo interés. Acercaron tropas á las fronteras, y formaron un segundo partido á favor de Augusto II; y Estanislao, que, con el mayor número, había pasado á Dantzic, viéndose abandonado, tuvo que salir del reino, sin que la Francia pudiese socorrerle con una escuadra, como lo intentó, por haberse opuesto á ello la Inglaterra. Los rusos tomaron á Dantzic, el Embajador de Francia quedó prisionero, y el Rey se vió precisado á huir disfrazado, porque el General ruso había puesto á precio su cabeza. Esta fué la época de la primera dominación de la Rusia en Polonia.

Para vengarse y distraer las fuerzas de la Casa de Austria, entraron los franceses en la Lorena. El Mariscal de Villars, unido con las tropas del Rey de Cerdeña, se dirigió á Milán. Hízose una liga entre estas dos potencias y la España; pero la conducta de Víctor Amadeo, que en 1730 había hecho un tratado doble y contradictorio con la Francia y la Austria, de resultas del cual hizo dejación del reino, le hacía sospechoso, y los intereses complicados de cada una de las tres potencias no satisfacían las miras de la Reina Isabel á favor de su hijo Carlos.

Carlos Manuel, sucesor de Víctor Amadeo, pensó diferentemente y se lisonjeó lograr el Milánés.

El Marqués de Ormea, su Ministro, supo per-

suadir al General Filipi, enviado por el Emperador á Turin, que no había tal alianza con España, y aun le dió de ella un testimonio por escrito, que llevó á Viena, y con el cual quedaron tranquilos y descuidados, que era lo que se quería. Entonces las tropas de Francia y Saboya atacaron el Milánés en 26 de Octubre, y el Conde de Daun se retiró á Mantua. El Duque de Castropiñano, al frente de los españoles, tomó el castillo de Aula para abrir la comunicación entre los Estados de Parma y Florencia, en cuyos puertos desembarcaron otras tropas españolas, á cuyo frente estaba el Conde de Montemar, en cuya presencia y la del Mariscal de Villars quedó el Infante D. Carlos reconocido y declarado Generalísimo del ejército de su padre en Italia el día 20 de Enero de 1734, día de su cumpleaños.

En la marcha del ejército que se dirigía á los Estados de Nápoles se encargó y guardó la más exacta disciplina para conservar la benevolencia de los pueblos de la Toscana, y se protegió el comercio con particular cuidado, para empeñar á la Inglaterra y Holanda á no tomar parte en esta guerra. Al mismo tiempo, el Príncipe de Conty entró en Alemania, tomando el fuerte de Kell.

Envió el Emperador á Italia al General Conde de Mercy, hombre intrépido y rudo, cuyas

cualidades le hacían pocos amigos. Propuso un plan violento de ataque en Toscana, ganando marchas para cortar las del ejército español que se dirigía al reino de Nápoles, tomándoles los puestos, á fin de impedir su retirada y los socorros. El plan era el único, si hubiera podido llegarse á tiempo; pero tenía que superar el ejército galo-sardo que cubría la Lombardía. Retirado éste del Póo, con sorpresa del General, se atrincheró desde Parma á Sala. Lo atacó allí el General alemán, que perdió la batalla y la vida el 29 de Junio. Mandaban el ejército francés el Mariscal de Coigny y el de Broglio, por retiro del de Villars, que murió en Turín. El 19 de Septiembre se dió la batalla de Guastala, que libró á Parma y Toscana del poder de los alemanes.

El Infante había pasado á Florencia en principios de Febrero, y el 24 se despidió para seguir el ejército que se dirigía á Nápoles. El sentimiento fué general, pues nadie veía á Carlos que no le amase, y así le seguían un gran número de personas, que hay quien lleva á 10.000, para establecerse en Nápoles.

No sólo concedió el Papa el paso á las tropas españolas, que pasaron el Tíber á las inmediaciones de Roma en 15 de Marzo, sino que dió las mayores pruebas de amistad y benevolencia, acaso esperando lograr algo en Parma ó Tosca-

na si se verificaba la conquista del reino de Nápoles. Esta conducta desagradó mucho á la Corte de Viena, y el Emperador escribió una carta al Papa, en que se lo hacía conocer, y le añadía que Nápoles, provincia, era un recurso para él y sus Cardenales, por las pensiones y los beneficios que de él sacaban; pero que, restablecida en reino, les privarían de todo.

El 28 de Marzo tomó S. A. el mando del ejército, y entró en el reino de Nápoles por San Germán.

El General Traun, que sólo tenía 4.600 hombres, se retiró, y su plan fué guardar las plazas, para dar tiempo á la llegada de un socorro de 20.000 hombres que le ofrecían de Viena. Caraffa, al contrario, quería sacar las guarniciones, reunir todas las fuerzas é impedir la toma de la capital, «con la cual, decía (y decía bien), caería todo el reino». Prevaleció la opinión del primero, con lo cual el ejército siguió tranquilamente su marcha, y llegó el 12 de Abril á Aversa. Allí fué la Diputación de Nápoles á dar al Rey las llaves de la ciudad y á hacerle juramento de fidelidad. S. A. hizo su entrada pública en aquella capital el 10 de Mayo de 1734, después de haberse apoderado de todas sus fortalezas. Antes de esto había publicado S. A., por medio de un Manifiesto, la carta que su padre el Sr. Felipe V le había escrito en 27 de Febrero, dándo-

le el mando del ejército y autorizándole á hacer aquella conquista para librar á los napolitanos del yugo austriaco, de que se le habían quejado, quitándoles los impuestos gravosos establecidos por él, dando los beneficios á los nacionales, etc., etc. Este Manifiesto, que anunciaba lo que todos los pueblos del mundo desean y esperan comunmente en los principios de un nuevo Gobierno, no podía dejar de producir buen efecto.

Poco después llegó la cesión de los reinos de las dos Sicilias, que el rey Felipe V había hecho en 22 de Abril á favor de su hijo D. Carlos, lo cual llenó de gozo á un pueblo de los más hermosos y bien situados del mundo, que, teniendo las mejores proporciones para prosperar por sí, hacía doscientos y treinta años se veía reducido á la suerte, no de una provincia unida á los Estados del Soberano, pero de una colonia remota, de que, por lo común, sólo piensan en sacar el jugo mientras duran los Soberanos y sus Virreyes y dependientes. Tuvo, pues, el Rey Carlos la gloria de volver á dar el ser al reino más hermoso de Europa, que decía el gran Federico II de Prusia debía ser el retiro honrado del decano de sus Reyes. La Providencia quiso dar este consuelo al hombre más digno de él, y cuyo corazón era el más capaz de sentirle y de hacer feliz al género humano.

El Conde de Montemar, instruído de que los alemanes se reforzaban en Bari con 7.000 hombres, marchó con 15.000 españoles, y los atacó y deshizo en Bitonto, donde logró una victoria completa, y el Rey le dió el título de Duque de Bitonto. La conducta del Príncipe de Belmonte, General napolitano, fué algo sospechosa en esta ocasión, según algunos; pero el número superior bastaba, sin necesidad á infamar á nadie. Todas las plazas se rindieron, y la de Cámpua, en que estaba el General Traun, capituló el 24 de Noviembre. A este sitio, y al de Gaeta, asistió en persona el Rey Carlos. Los alemanes se embarcaron en Manfredonia para pasar á Trieste veintisiete años después de haber tomado posesión del reino, en que entraron en 7 de Junio de 1707 y salieron en 30 de Noviembre de 1734.

El Duque de Montemar se presentó victorioso delante de Palermo el 25 de Agosto con cinco navíos de línea, 300 tartanas, cinco galeras, dos balandras y muchos buques de transporte. La ciudad le abrió sus puertas, y reconoció al Rey Carlos por Soberano. Lo mismo hizo Messina, y al año siguiente se rindieron los fuertes de Matagrifon, Castelazzo y Taormina, en los cuales había reunido el resto de sus tropas el General Lobcowitz. Entre tanto, tomaron los franceses á Filisburgo, y el Príncipe Eugenio no

lo pudo empeñar en una acción decisiva, como lo deseaba.

El Emperador recurrió á la Inglaterra y Holanda, á quien no podía ser indiferente el considerable engrandecimiento de la Casa de Borbón, y amenazaron atacar las posesiones ultramarinas de España y Francia si no se convenían á una paz general, á que la primera no quería acceder sin que le asegurasen la posesión de sus conquistas de Italia.

El Duque de Montemar se encaminó con su ejército victorioso á incorporarse en Lombardía con el ejército aliado galo-sardo, y para evitar las resultas, pasó el Adigio el General Königsegg, y se retiró y fortificó en Goito, donde el Duque quiso atacarlo y hacer el sitio de Mántua; pero los aliados lo impidieron, pues ya empezaban á tener celos de los progresos de las armas españolas, y no querían poner en sus manos la plaza de Mántua, que miraban como la llave de la Lombardía. El Cardenal de Fleury envió á Viena á Mr. de la Baume para tratar de la paz directamente con el Conde de Zinzendorff, Ministro del Emperador. La base del tratado fué una evaluación y cambio de Estados, á lo cual prestaba campo el estado decadente de la salud del Gran Duque de Toscana, cuyos dominios no convenían las potencias de Europa que quedasen en poder del nuevo Rey de Nápoles; firmá-

ronse, pues, los preliminares en Viena el 3 de Octubre de 1735.

Por ellos se estipuló:

1.º Que Augusto II quedaba reconocido Rey de Polonia, y su competidor Estanislao conservaba el título de Rey y la posesión de los Ducados de Bar y Lorena, que, por su muerte, se incorporarían á la Corona de Francia.

2.º La Toscana pasaría á la Casa de Lorena á la muerte de Juan Gastón, en pago de las cesiones hechas por el artículo anterior, y se retirarían las guarniciones españolas.

3.º Renunciando el Rey Carlos á todos sus derechos á este Estado y el de Parma, conservaría para sí y su línea Nápoles, Sicilia y los puertos de los Estados de Siena y Longon.

4.º Los Estados de Parma y Plasencia quedarían unidos al Milanés, y el Papa en quieta posesión de Castro y Roncillone.

5.º El Novares, Tortones, Vigevano, Tesino y Langhe quedarían por el Rey de Cerdeña.

Este tratado secreto lo hizo saber el Mariscal de Noailles al Duque de Montemar, y le dejó sólo con su ejército español. Atacado éste por 30.000 alemanes, al mando del General Kevenhuller, tuvieron que levantar el sitio de Mántua y retirarse precipitadamente á Florencia, donde causó la mayor consternación esta noticia inesperada. Vieron con el mayor dolor y miedo la

pérdida de su futuro Soberano Carlos, que había sabido ganarse sus corazones, y, al paso que sentían verse privados de la generosidad de los españoles y de las ventajas que su alianza ofrecía al comercio, temían las resultas de la alegría que habían manifestado de verse libres del yugo alemán, bajo el cual caían nuevamente.

Disfrutaba entre tanto tranquilamente en Nápoles el Rey Carlos de las bendiciones de todos sus vasallos, que eran el fruto de su justicia, de su afabilidad y del amor que no podía ni quería ocultar les profesaba, pues acomodado á las costumbres del país, y hablando á cada cual en su lengua, el noble, y el último de los lazarones le miraba como padre y le amaba como tal, tratándole con la misma confianza que si fuese uno de ellos.

Aumentó los privilegios de la ciudad, abrió las cárceles, concedió perdones, pagó de su bolsillo y del de su padre lo que la ciudad había adelantado á sus tropas, confirmó la posesión de los dominios comprados en tiempo de los austriacos, con tal que sus dueños prestasen, como era justo, juramento de fidelidad, en el tiempo y forma prescrita por su ley.

Prestado el juramento en manos del Duque Lorenzana, nombró un Consejo para proceder contra los que rehusasen hacerlo. Nombró doce Vicarios para presidir en las provincias, todos

de los principales señores, olvidando lo pasado, y de este modo, y dando audiencias diarias á todo el mundo, sin distinción de clases, se granjeó las voluntades de todos, y todos los Príncipes feudatarios de la Corona de Nápoles, residentes en Roma, quitaron las armas del Emperador para poner las de España.

El Rey Carlos nombró, en 9 de Junio, al Duque Cesarini por su Embajador para presentar al Papa la hacañea y los 7.000 ducados romanos del tributo anual, pagado sólo en virtud de un acuerdo hecho entre Eugenio IV y Alfonso I y otro entre Sixto IV y Fernando I. El Emperador nombró por su parte al Príncipe de Santa Croce, porque aún no había reconocido al Infante D. Carlos como Rey de Nápoles. Clemente XII nombró una Junta de Cardenales para salir del conflicto. Esta decidió á favor del Emperador, ínterin que todas las Cortes no reconocían al Rey Carlos, y el Príncipe de Santa Croce hizo la ceremonia, contra la cual protestó el Duque Cesarini, en nombre de su Soberano, y se retiró á Nápoles.

¿Quién diría que el mismo Rey que, á porfía con el Emperador, quería pagar aquel tributo al Papa, antes de cincuenta años lo miraría como injusto y lo negaría redondamente? Así va el mundo; la posición y las circunstancias mudan el colorido de todas las cosas.